

gre y rápido! Hila, Hila, torno mío, zumba y gruñe! Mi amado, allende el mar, en las regiones del sur, está recogiendo oro! ah! zumba, silba, torno mío! y el oro que recoja lo entregará á mí, á su amada hilandera! Hilad, hilad, compañeras! Gruñe, torno mío, y zumba!

MARIA (á Senta).—Y tú, perezosa, si no hilas, te quedarás sin regalo de tu novio!

DONCELLAS.—No necesita apresurarse; su novio no está en el mar. No le trae oro, sino caza; ya sabemos lo que vale un cazador! (Ríen.)

SENTA (sin mudar de postura tararea un pasaje de la balada que canta más abajo.)

MARIA.—¡Vedla! siempre ante el retrato! ¿has de pasar toda la vida soñando en una imagen?

SENTA (en la misma actitud).—¿Por qué me contaste su historia? ¿por qué me dijiste quién es? (Suspirando.) ¡Desventurado!

MARIA.—¡Dios te asista!

DONCELLAS.—¡Eh! eh! ¿qué tendrá? El hombre pálido la entristece.

MARIA.—La preocupa.

DONCELLAS.—¡Lo que puede un retrato!

MARIA.—En vano la sermoneo cada día! Ven acá, Senta... á nuestro lado!

DONCELLAS.—Ni siquiera os ha oído; está loca de ese amor! ah! con tal que eso no traiga alguna que-rella! Erik es tan arrebatado! que nada sepa! capaz sería, en su furor, de atravesar con una bala á ese rival!

(Ríen.)

SENTA (con vivacidad).—¡Callaos! acabaréis por enfadarme con vuestras necias risas!

DONCELLAS (reanudando su trabajo, con afectado ahínco, como para no dar tiempo á Senta de que las riña).—Zumba y gruñe, torno mío; gira alegre y rápido; hila, torno mío, hila; zumba y gruñe!

SENTA (interrumpiéndolas, encolerizada).—Acabad esa estúpida canción; no sabéis salir del «zumba»





y «gruñe!» Si queréis que alterne con vosotras, elegid otra que valga la pena.

DONCELLAS.—¡Pues bien! Elígela tú misma.

SENTA.—Si queréis creerme, pedid á María que cante su balada.

MARÍA.—¡Libreme Dios! no faltaba más! dejad tranquilo al «Holandés errante!»

SENTA.—Sin embargo, cuántas veces te la he oído! Voy á cantarla yo; oídme, amigas. Su largo y cruel suplicio conmoverá vuestro corazón.

DONCELLAS.—Sí! cántala.

SENTA.—Fijaos en la letra.

DONCELLAS (levantándose).—Demos reposo á los tornos.

MARÍA (despechada).—Lo que es yo, no dejo de hilar. (Continúa hilando.)

SENTA (cantando).—¡Johohé! Johohé! ¿Habéis encontrado en la mar el buque de velamen color de sangre, y mástil negro? A bordo, el hombre pálido, dueño del buque, vela sin cesar. ¡Houhí! cómo silba el viento! Johohé! Houhí! cómo chilla en las cuerdas! Johohé! Houhí! Parecido á una flecha, vuela, huye, sin término, sin tregua, sin reposo!... Un día, no obstante, logrará el hombre pálido recobrar la libertad, si encuentra en tierra firme á una mujer que le sea fiel hasta la muerte! Ah, triste navegante! ¿cuándo la encontrarás? Rogad al cielo que no tarde en otorgársela. (Senta dirige sus miradas al retrato. Las doncellas escuchan con interés; la nodriza ha interrumpido su tarea.) Cierta día, despreciando la tempestad, empeñóse en seguir navegando; juró, blasfemó, en su loca audacia: «No vuelvo atrás, por una eternidad.» ¡Houhí! Satanás le oyó! Johohé! Houhí! Y le cogió la palabra. ¡Johohé! Houhí! Y ahora está condenado á errar por los mares, sin tregua, ni reposo!... Mas, un angel salvador le ha anunciado que no desconfíe de su salvación. ¡Ah! cuándo podrás alcanzarla, pálido navegante! Rogad al cielo que no tarde en



otorgársela! (Las doncellas, conmovidas, repiten la última estrofa. Senta prosigue, con creciente emoción): Cada siete años echa el ancla y salta en tierra, para encontrar á una mujer. Ha cortejado á muchas, y ninguna le ha sido fiel! Houhí! largad velas! adelante! Johohé! Houhí! Arriba el áncora! Johohé! Houhí! Mentido amor, juramentos falsos! Ea, al mar, sin tregua, sin roposo!

(Senta, vivamente conmovida, desfallece.)

DONCELLAS (después de una pausa, continúan cantando á media voz).—¡Ah! ¿dónde se encuentra la mujer que el angel predijo te mostraría? ¿dónde vas á encontrar á la mujer que te guarde fidelidad hasta la muerte?

SENTA (arrebataada por repentina inspiración, se levanta).—¡Sea yo la que te liberte con mi fidelidad! muéstrame á ti el angel de Dios! por mí, alcanzarás tu redención!

MARÍA Y LAS DONCELLAS (levantándose azoradas).—Socorro, cielos! Senta! Senta!

## ESCENA II

Las mismas; ERIK

ERIK (apareciendo en el umbral de la puerta).—¡Senta! Senta! ¿quieres matarme?

DONCELLAS.—Acude, Erik! su razón se extravía.

MARÍA.—La sangre se hiela en mis venas! Retrato funesto! En cuanto llegue el padre, haré que lo mande quitar de ahí.

ERIK (con seriedad).—El padre llega!

SENTA (que había permanecido en la misma posición, sin oír nada, parece despertar y exclama gozosa).—¿Llega mi padre?

ERIK.—Desde la cima de las rocas he visto su buque!

MARÍA.—¡Ya veis de qué sirve perder el tiempo en canciones! todavía la casa sin arreglar!

DONCELLAS (poseídas de júbilo).—Han llegado! corramos á su encuentro!

MARÍA.—Alto aquí, desmemoriadas! olvidáis que los marineros se presentan siempre con el estómago vacío! á la cocina! á la cocina!

DONCELLAS.—¡Ah! cuántas cosas voy á preguntarle! no puedo resistir la curiosidad! Ea! démonos prisa, y en seguida volaremos á la playa.

(Salen María y las doncellas.)

## ESCENA III

SENTA, ERIK

(Senta quiere seguir á sus compañeras; Erik la retiene.)

ERIK.—¡Quédate, Senta! aguarda un instante! haz que cese mi sufrimiento! ó, si lo prefieres, acábame de matar.

SENTA (vacilando).—¡Cómo! qué dices!

ERIK.—¡Ah, Senta, Senta! ¿qué será de mí? Tu padre llega hoy; antes de volverse á la mar, cumplirá lo que tantas veces ha indicado...

SENTA.—¿Y qué es...?

ERIK.—Te dejará casada... Mi corazón, fiel hasta la muerte, lo poco que poseo, mi destreza en la caza, ¿bastarán para que pueda solicitar tu mano? ¿me rechazará tu padre? Si mi corazón hubiese de estallar de dolor, ¿quién se interesará por mí?

SENTA.—¡Calla, Erik! ¡no me detengas! ¡déjame correr al encuentro de mi padre! Si al desembarcar no viese, como siempre, á su hija ¿podría estar satisfecho?

ERIK.—¿Huyes de mí?

SENTA.—Debo correr á bordo.

ERIK.—¿Me abandonas?



SENTA.—Mi padre me espera.

ERIK.—¿Huyes ante la herida que me has causada, huyes de mi loco amor? ¡Ah! escúchame un momento, oye mi postrera pregunta: si mi corazón desfallece de dolor ¿te interesarás por mí, Senta?

SENTA (titubeando).—¿Cómo! ¿dudas de mi amor? ¡díme! ¿qué causa tus dolores? ¿quién infundió en tu alma tales sospechas?

ERIK.—Tu padre ¡ay! sólo sueña en tesoros... Y tú, Senta, ¿cómo contar contigo? ¿has acogido alguna de mis súplicas? ¿no afliges cada día mi corazón?

SENTA.—¿Tú corazón?

ERIK.—¡Mísero de mí! ese retrato...

SENTA.—¿El retrato?

ERIK.—¿Cuándo desecharás tus insanos desvaríos?

SENTA.—¿Puedo impedir, acaso, una fascinación?

ERIK.—Y la balada... ¿has vuelto á cantarla?

SENTA.—Soy una niña... y canto... por cantar... Pero tú ¿tienes miedo á una canción, á un retrato?

ERIK.—¡Palideces!... díme ¿nada tengo que temer?

SENTA.—Y ¿á quién no conmueve el horrible destino de ese infortunado?

ERIK.—¿No te conmueven más mis sufrimientos?

SENTA.—¡Bah! ¡no te jactes de eso! ¿á qué se reduce tu sufrir? ¿conoces el destino de ese desdichado? (Conduce á Erik ante el retrato.) ¿Sientes el dolor, el profundo y sombrío pesar con que me dirige sus miradas? ¡Ah! ¿cabe suerte más desventurada?

ERIK.—¡Pobre de mí! ¡con que soñé lo cierto! ¡Protéjate Dios! ¡Caíste en los lazos de Satanás!

SENTA.—¿Qué estás diciendo?

ERIK.—Escúchame, Senta: ¡oye mi sueño, y ojalá te sirva de enmienda!

(Senta se deja caer abatida en el sillón. Al principiar Erik su relación, queda sumida en una es-

pecie de sueño magnético y parece que se representa á su imaginación lo que soñó Erik.)

ERIK (á media voz).—Estaba recostado en la cima de una roca; soñaba; veía á mis pies el mar; oía el rumor de las olas que, preñadas de espuma, iban á estrellarse en la playa. Junto á la vecina costa percibí un navío desconocido, extraordinario, raro; dos hombres desembarcaron de él; en uno de ellos reconocí á tu padre.

SENTA (con los ojos cerrados).—¿Y el otro?

ERIK.—También le conocí; su negra túnica, su pálido rostro...

SENTA.—Su mirada sombría...

ERIK (señalando el retrato).—Era el marino; era él.

SENTA.—¿Y yo?

ERIK.—Saliste de tu casa, corriendo al encuentro de tu padre; pero apenas viste al extranjero, te prosternaste á sus pies, abrazaste sus rodillas...

SENTA (con creciente impaciencia).—Me levantó...

ERIK.—Y acercándote á su corazón, te colgaste de su cuello y le cubriste de apasionados besos.

SENTA.—¿Y después?

ERIK (contemplándola con sorpresa).—Os ví alejados en dirección al mar.

SENTA (despertando de repente, en el colmo de la exaltación).—¡Me busca! ¡he de verle! ¡he de morir con él!

ERIK.—¡Horrible suerte! ¡todo lo comprendo! ¡está perdida! ¡mi sueño era verdad! (Sale desesperado.) Senta, absorta en silenciosa contemplación permanece inmóvil ante el retrato, entonando, con voz lenta, el final de la balada.

SENTA.—¡Ah! ¿cuándo la encontrarás, pálido navegante? ¡quiera el cielo concedértela cuanto antes!



## ESCENA IV

SENTA, DALAND, el HOLANDES

(Abrese la puerta. Entran Daland y el Holandés. Senta, después de fijar sus miradas en el retrato y en el Holandés, exhala un grito de sorpresa y queda inmóvil como subyugada por una potencia mágica, sin apartar la vista del Holandés. Este se encamina lentamente al proscenio; y Daland, después de detenerse un momento en el umbral esperando en vano á su hija, se dirige á su encuentro.)

DALAND.—¿Qué es eso, hija mía? ¡ni un abrazo, ni un beso! ¿no merece tu padre otra acogida?

SENTA (cogiéndole una mano).—¡Bienvenido seas, padre mío! (Aparte.) Dime ¿quién es este extranjero?

DALAND (sonriendo). — ¿Quieres saberlo? Puedes acogerlo como un buen amigo. Es marino, como yo, y reclama nuestra hospitalidad. Privado de hogar, largo tiempo há, surcando sin cesar los mares, ha recogido numerosos tesoros en lejanas comarcas. Rechazado de su patria, ofrece sus riquezas á cambio de un techo hospitalario; dime, hija mía, ¿te sería penoso que compartiese nuestro hogar? (Senta inclina la cabeza en ademán de asentimiento; Daland se dirige al Holandés.) ¿Fuí exagerado al elogiarla? ¡Ya la veis! ¿Os agrada? ¿habré de repetir sus elogios? ¡Confesad que es una maravilla! (El Holandés hace un ademán afirmativo.) Sé buena, hija mía, con nuestro huésped; á la vez que un hogar, también reclama el dón de tu mano. Tiéndesela, como á novio, y si mis votos se cumplen, como á esposo, mañana. (Senta se estremece dolorosamente; pero en apariencia permanece tranquila. Daland saca un aderezo y lo muestra á su hija.)

¿Ves esta cadena, este broche? pues son nada, comparados con lo que posee. ¿No exaltan estas joyas tus ardientes deseos? Tuyas son, si quieres cambiar con él el anillo nupcial. (Senta, sin prestar atención á las palabras de su padre, permanece con los ojos fijos en el Holandés y éste, por su parte, sin oír á Daland, está absorto mirando á la joven. Daland lo advierte, y contemplando á los dos:) Ninguno me contesta... ¿Les importunaré quizás? Sí; eso es. Vale más dejarlos solos. (A Senta.) ¡Ojalá conquistes su noble corazón! ¡Semejante fortuna no se logra dos veces! (Al Holandés). Quedaos aquí; yo salgo. Creedme, es tan fiel como hermosa. (Daland se aleja lentamente, mirándolos complacido.)

## ESCENA V

SENTA, el HOLANDES

HOLANDES (profundamente conmovido). — Desde tiempos remotos, cual lejano espejismo, mi corazón recuerda esos rasgos; como la soñé en mis eternas angustias, así se presenta á mi vista. De lo profundo de mi noche sombría, ¡cuántas veces no se han elevado mis ojos, hacia una mujer, ardiendo en deseos! ¡Satanás, en su malicia, dejóme un corazón fogoso, para que ni un momento se calme mi suplicio! ¿he de llamar amor al inextinguible fuego que me abrasa? ¡No! ¡es ardiente esperanza de la redención! ¡ah! ¿podré deberla á un angel como éste?

SENTA.—¿Seré juguete de un sueño extraño? ¿lo que veo, es ilusión? ¿he vivido, hasta hoy, en espacios imaginarios? ¿brilla al fin, para mí, el día del despertar? Ante mí le veo, pintado en su rostro el sufrimiento; esas huellas del dolor amargo conmueven mi corazón; ¿me engañará la voz de una



piEDAD profunda? Tal como le vi mil veces, así se presenta á mis ojos. ¡Qué nombre daré al fuego devorador que abrasa mi seno! Esa redención, por la que tu desolado espíritu suspira ¡ojalá puedas lograrla por mí!

HOLANDES (acercándose á Senta).—¿Desecharás la elección de tu padre? ¿confirmarás la promesa que me ha hecho? ¿podrás consagrarte á mí para siempre y tender tu mano al extranjero? Después de una vida de torturas, ¿hallaré en la fidelidad el reposo tanto tiempo esperado?

SENTA.—Sea quien fueres, cualquiera que sea el suplicio á que tu cruel destino te condenó, sea cual fuere el porvenir que me prepara, obedeceré siempre á mi padre.

HOLANDES.—¡Cómo! ¡sin la menor reserva? ¿tal piedad sentirás por mis profundos dolores?

SENTA (á media voz).—¡Oh! ¡dolores crueles! ¡pueda yo dulcificarlos!

HOLANDES (al oír estas palabras).—¡Deliciosa melodía en mis agitaciones y tinieblas! ¡eres un angel! ¡el amor de un angel sabe consolar hasta á los mismos condenados! ¡oh! ¡si aún me restase una esperanza de redención! ¡Dios potente! ¡haz que la obtenga de su mano!

SENTA.—¡Ah! si aún le resta una esperanza de redención, ¡ojalá pueda obtenerla por mi mano!

HOLANDES.—¡Si pudieses prever el destino que conmigo te espera, comprenderías el sacrificio que te impones jurándome fidelidad! A semejante espectáculo, tu alma se estremecería azorada, si en ti no brillase la mejor virtud de la mujer: la fidelidad!

SENTA.—Tranquilízate, desventurado! Conozco los sagrados deberes de la mujer. Deja al destino pronunciar su fallo sobre la que no teme afrontar sus decretos. En la inmaculada pureza de mi corazón, conozco la ley suprema de la fidelidad; y á quien la consagro, se la juro entera: hasta la muerte!

HOLANDES (con entusiasmo).—Tu juramento, tus nobles palabras inundan de sagrado bálsamo mi corazón. ¡Palidece, estrella de la desventurada! ¡brilla con vivos fulgores, antorcha de la esperanza! ¡Angeles, que me dejásteis abandonado tanto tiempo, fortaleced ese corazón en su fidelidad!

SENTA.—Un hechizo irresistible me induce á salvarle; sea esta casa su hogar, y su tranquilo puerto después de la tempestad. ¿Qué vigor agita mi alma? ¡Haz, Dios clemente, que este sentimiento sea la fidelidad!

## ESCENA VI

Los mismos, DALAND

DALAND (entrando).—¡Perdonad! Mis marineros esperan, ardiendo en impaciencia. Los festejos que se aprestan, en celebración del regreso, ¿podrán embellecerse con vuestros desposorios? Supongo que sí. ¿Consientes, hija mía?

SENTA (con resolución solemne).—¡Esta es mi mano! ¡tuyo mi corazón! ¡fidelidad hasta la muerte!

HOLANDES.—¡Me da su mano! ¡humíllate, ante su fidelidad!

DALAND.—¡No os arrepentiréis de vuestro enlace! ¡A la fiesta! ¡reine el júbilo en nuestras playas!